Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

108 ¿Quién mató a Rucci? (III)



Suplemento especial de Página|12

RUCCI Y TOSCO, POCO QUE VER

Rucci y Tosco pelearon juntos contra la política sindical de la "Libertadora". Eso los unió cuando eran jóvenes. Cuando el enemigo era el mismo. Cuando enfrente –los dos– tenían al gobierno de la "Libertadora". Al Estado Gorila de Aramburu y Rojas. El interventor en la CGT –tal como hemos dicho al ocuparnos de la Resistencia Peronista– era un señor de nombre Alberto Patrón, que, al ver que ese apellido era incómodo para intervenir una central obrera, le agregó el otro que tenía, que era casi peor: Laplacette. Algo que más o menos se leía como que el tipo era el "Patrón" de una especie de suntuoso "Laplacette" francés, de los cuales la Buenos Aires que la oligarquía construyó estaba ostentosa y hasta agraviantemente llena.

Patrón Laplacette –sin retorno ya en la cuestión de su apellido– decide reemplazar esa carencia exterior con una decidida actitud de comando del puesto que le ha tocado en suerte. Lo primero que tiene que hacer el interventor de un sindicato es "normalizarlo", pues da por supuesto que, si se lo ha intervenido, es por esa causa: que el sindicato no estaba organizado y que el nuevo gobierno, que ha venido a organizar el país, a arrancarlo de las garras de la demagogia y la corrupción, debe emprender de inmediato esa democrática tarea.

De esta forma, el interventor Patrón Laplacette arma un Congreso Normalizador y convoca a todos los principales dirigentes sindicales. Una esperanza (totalmente insensata, pero él lo ignora: todos acostumbramos a desconocer nuestras insensateces hasta que vemos sus frutos, así de boludos somos y Laplacette no era la excepción sino todo lo contrario; ocupaba un alto estamento en la pirámide de los boludos, al punto de que se le puede aplicar ese ingenioso chiste que propone que si los boludos nunca salen primeros en una carrera de boludos o no llegan antes que todos a la cumbre, sino segundos, es precisamente por esa condición esencial que los define: por boludos. Acaso la honra póstuma de Patrón Laplacette quede erosionada por estas lastimosas afirmaciones ante los lectores del siglo XXI, pero no pertenecen a mi severo juicio personal sino a los protagonistas de la época, entre los cuales Rucci y Tosco, que de boludos: nada, estaban entre los principales), anima a Patrón Laplacette: había dialogado extensamente con sectores sindicales que aceptaban someterse al gobierno de la "Libertadura" con tal de trepar en la escala sindical. De estas reuniones había extraído una certeza: ganarían. Sobre todo porque la "democracia septembrina" había deteriorado al aparato sindical peronista con el sencillo método de meter en las prisiones a sus principales representantes, torturarlos, quebrarlos, obligarlos a huir al exilio para salvar el pellejo y no volver a asomar la nariz por ningún sindicato. A los que no les aplicó ese método, los proscribió sin más. Un método que Aramburu y Rojas aplicaban con una habilidad espeluznante. Si uno se preguntara qué es lo mejor que hacían ese militar y ese marino debiera responder, sin hesitación posible, "proscribir a sus enemigos, silenciarlos, tacharlos, hasta, incluso, prohibir que se los nombrara", algo que sólo ocurrió con Perón y Evita, pero ocurrió.

A pesar de las restricciones, una nueva camada de dirigentes gremiales del justicialismo creció en esos años gracias al contexto político y social que imperaba en el país. Mientras que los viejos sindicalistas estaban proscriptos, encarcelados o exiliados, los jóvenes ganaron espacios en distintos gremios y comenzaron a gravitar cada vez más dentro del campo laboral y del justicialismo. Tal es el caso de Augusto Timoteo Vandor, José Ignacio Rucci, Sebastián Borro y Jorge Di Pascuale. Y –por supuesto– Agustín Tosco. Que, de justicialista, poco. Y así seguirá.

Si aquí confluyeron, todo lo que vino después los fue separando. Uno no podría decir si en eso que llamamos "plano personal" Rucci y Tosco se odiaban demasiado. Obreros los dos, perseguidos por la burguesía militar septembrina los dos, había elementos de peso que compartían. Los separaba la ideología. Los separaba algo que siempre estuvo separado: el peronismo y la izquierda argentina, haya sido sindical, política o universitaria. Tosco no quería una participación de los sindicatos en el Estado burgués capitalista que, para él, era un Estado explotador de la clase obrera por definición. No olvidemos: el Estado es el arma de clase de la burguesía, por su medio aplica su justicia, su concepción del mundo y su aparato represivo. El *Leviatán* y el sindicalismo clasista nada tienen que ver. Por el contrario (y muy por el contrario) el peronismo se lleva bien con el Estado. Los sindicatos y el Estado tienen que marchar juntos en la defensa de los derechos de los trabajadores. Siempre que el Estado revista una condición axial: ser un Estado Peronista. Todo esto separaba a Rucci y a Tosco. Apenas si lo hemos esbozado, pues ellos mismos se encargarán de explicitarlo a fondo.

Tosco había transcurrido un tiempo no escaso en las prisiones del general Levingston, el hombre que vino del Norte, el Presidente que nos presentaron por TV, del cual lo primero que vimos fue una foto con una cara de perro malvado que metía miedo. Todos pidieron por su libertad. (Qué cosa con el lenguaje: uno escribe "todos pidieron por su libertad" y tal como viene la redacción de la frase parece que pidieron por la libertad de Levingston, que estaba bien libre y era el que había encanado a Tosco. Bien, no. Uno también puede divertirse aclarando estas cosas. La frase no está mal escrita. Pero, pese a ello, puede confundir. Aunque, para confundirse, hay que ser un poco nabo. En fin, todos pidieron por la libertad de Tosco.) También Rucci. Tosco, implacable, rechazó esos pedidos. No quería ayudas de ese "oportunista", que si reclamaba por su libertad era *pour la gallérie*. Sólo por eso. Tosco, desde la prisión, no se portó con caballerosidad. No había caballerosidad, había lucha de clases. Y el sindicalismo peronista jugaba "objetivamente" del lado de la patronal. Desde adentro siguió criticando al Petiso y no se detuvo al salir. Por el contrario, intensificó el ataque. Que le dijera "tránsfuga" era discutible. Rucci siempre había sido un buen muchacho peronista, un obrero que combatía al capital al modo peronista, no con la lucha de clases sino con la comunidad organizada. Que le dijera "traidor" podía leerse de dos modos: 1) traidor a la clase obrera peronista ni por joda, Tosco. Rucci fue siempre leal a la concepción que Perón tenía del sindicalismo: una organización poderosa unida al Estado en defensa de los intereses de los trabajadores; 2) traidor a la clase obrera socialista de la Córdoba combativa, industrial y clasista de Sitrac-Sitram, sin duda. Pero, ¿se puede ser traidor a algo a lo que uno nunca adhirió? Para Tosco, definitivamente. Rucci era traidor a los "verdaderos" intereses de la clase obrera que él, Tosco, representaba. Rucci negociaba interminablemente con la patronal. No concebía a la clase obrera tomando el poder sino participando de él. Para Tosco, los obreros no serían libres hasta que se apropiaran del sistema de producción capitalista. Hasta que no derrotaran a la patronal. Negociación, no; lucha de clases con objetivos claros de poder, sí.

SINDICALISMO CLASISTA-SINDICALISMO PERONISTA

La cosa no daba más. Ya no podía solucionarse por medio de agresiones, por medio de chicanas ideológicas. Y eso que Rucci sabía apelar como pocos a los peores insultos macartistas imaginables: zurdo, trosco, comunista, ideologías extrañas, somos argentinos y cristianos, eso es el peronismo, lo demás es basura bolchevique, etc. Le era fácil: le salían del alma. Era un macartista. No jugaba a serlo. Lo era y de corazón. Tosco era un tipo de la izquierda y también le brotaban frescos y veloces sus insultos: burócratas, traidores, conciliadores, dialoguistas, amigos de la patronal, corruptos, etc. Porque a él le era fácil: también a él, eso le salía del alma. Era un marxista. Un revolucionario. La clase obrera no estaba para pactar, para tener líderes populistas. Estaba para tomar el poder. Creo que éste es el punto conceptual fundante del enfrentamiento (y creo necesario puntualizarlo con rigor, adecuadamente): por un lado, un sindicalismo que busca tomar del poder –por medio de negociaciones y no por enfrentamientos– lo mejor para la clase obrera, que será, asimismo, lo mejor para los burócratas, cuya ambición será eternamente mantenerse en sus lugares de privilegio. Negociar con el sistema, acudir a la huelga como recurso extremo; cambiarlo, jamás. Todo lo contrario sucede con un sindicalismo revolucionario: el enfrentamiento es totalizador. Se busca cambiar, trastrocar el sistema, no negociar con él. Se trata de entregarle a la clase obrera objetivos de poder. No objetivos de negociación. De la negociación salen –a lo sumo, en el mejor de los casos– las mejoras. Del poder sale la revolución, el cambio radical del sistema opresivo. Esto diferencia a un sindicalista peronista de un sindicalista de clase, de un marxista, de un líder obrero que busca para los suyos, para la clase que representa, el poder y no una parte de él obtenida sobre la base de un diálogo conciliador, acuerdista.

El 27 de septiembre de 1972, no bien sale Tosco de la sentina (había permanecido en ella durante un año y cinco meses), Rucci le enjareta una solicitada precisa, clara, que dice sin vueltas lo que él quiere decir. Tiene la forma de una carta abierta. Escribe el bien documentado historiador Luis Fernando Beraza: "Así el 28 de septiembre de 1972 apareció una (solicitada, JPF) que llevó el título de 'Carta Abierta de José Rucci a Agustín Tosco', y otra de febrero de 1973, 'Las verdades escondidas tras el velo intelectualizado de un dudoso dirigente gremial. A Ud. Señor Tosco me refiero'. Las mismas tenían como rasgo común el macartismo" (Luis Fernando Beraza, *José Ignacio Rucci*, Vergara, Buenos Aires, 2007, p. 224). Son muy ilustrativas. Se juega en estas cartas la diferencia entre la concepción sindical-estatal del peronismo y la clasista de la izquierda. Una apunta a un Estado keynesiano de Bienestar dentro del capitalismo. La otra apunta a una revolución (el gran valor de la época) y propugna como finalidad la toma del poder por parte del proletariado. La destrucción del capitalismo.

He aquí la *Carta Abierta* de José Ignacio Rucci:

"Señor Agustín Tosco:

"Mientras usted estuvo detenido, no sólo soporté en silencio sus sistemáticos ataques a mi persona, sino que incluso puse todo mi empeño para que recuperara su libertad.

Por razones obvias ese empeño no sólo respondía al sostenimiento de principios que marcan una conducta irrenunciable de los trabajadores, sino porque incluso deseaba personalmente su libertad, dado que la misma me permitiría, sin ningún tipo de ventajas, responder a todos sus ataques perfectamente instrumentados y que llevan en su contenido el deleznable propósito de servir de instrumento de todo aquello que se antepone a la lucha en que está empeñado el Pueblo.

"Señor Tosco, el juego se ha dado, las cosas han cambiado. Hoy goza de libertad plena. En consecuencia, ha llegado la hora de la verdad. Yo lo conozco a usted perfectamente, tanto como usted me conoce a mí; los dos ya hace bastante tiempo que sabemos de nuestras respectivas formas de pensar y de las actitudes que hemos tomado en distintos episodios de la vida política y sindical argentina en que nos ha tocado actuar. (...) fue en ese período (1957) cuando las '62 Organizaciones' realizaron un acto en el Luna Park y en el que me tocó hacer uso de la palabra, y detenido posteriormente por hacer 'la apología al tirano prófugo', usted en nefasta complicidad con los comunistas y al no poder colocar al movimiento obrero representado por las '62 Organizaciones' al servicio de esos intereses espurios que usted tan dignamente representa, optó por imponer la separación de la Federación de Luz y Fuerza de las '62 Organizaciones', siendo sus fundamentos esgrimidos en la emergencia de que se trataba de un agrupamiento sostenedor de cuestiones 'políticas', y usted sabe que esas cuestiones políticas respondían a una clara filosofía doctrinaria, que es popular, es nacional y se llama peronismo. Ya usted empezaba a definirse y por supuesto hoy está totalmente definido".

La dureza de la solicitada reclamaba una respuesta. La posición peronista de Rucci se tornaba fuerte en el apoyo popular. No es casual que de las dos propuestas –la combativa de Tosco y la negociadora de Rucci– sea la segunda la que mayor apoyo consiga de los obreros. Después de todo, si, sin derramar sangre, los buenos sindicalistas conseguían para los obreros una porción considerable de la torta –como había ocurrido durante los primeros gobiernos peronistas– la cosa no pintaba mal. Era más segura que la aventura riesgosa y sanguinaria de la revolución, ese juego azaroso que nunca se sabe cuándo termina ni a quiénes habrá de devorarse. De aquí el éxito del peronismo en la Argentina. Un keynesianismo sindical con un líder carismático al frente era una oferta muy tentadora para los obreros. Lo de los "zurdos" era tan incierto como viajar a la Luna o trepar a la cumbre del Everest. Reclamaba una gran cuota de heroísmo, una valentía y una decisión para luchar a muerte que no siempre se poseen. El peronismo no reclamaba nada de eso.

El 5 de octubre, Tosco respondió:

"A pocos días de haber sido arrancado de la cárcel por la tenaz y consecuente lucha popular, en la que se expresó al más alto nivel la solidaridad combativa de la clase trabajadora, el estudiantado, las fuerzas políticas democráticas, progresistas y revolucionarias, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, las agrupaciones gremiales de abogados y de otras profesiones, las comisiones familiares de presos políticos y sociales, las instituciones y nucleamientos dedicados a la permanente defensa de los derechos humanos y de tantos compatriotas de diversa condición y militancia, me siento en el ineludible deber de ratificar públicamente a todos mi profundo reconocimiento por esa maravillosa solidaridad que siempre tuve presente y que jamás olvidaré. (...)

"Así como desde la cárcel, venciendo las limitaciones y los riesgos impuestos por la dictadura. hablé claro, hoy, en libertad, también lo haré cumpliendo no tan sólo con un imperativo de mi conciencia y de mi militancia, sino con esa decisión libre y democrática de la Asamblea General de Delegados del Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba que han repudiado expresamente las declaraciones de Rucci y dispuesto la amplia difusión de este documento de respuesta. (...)

"Este señor se ha olvidado de que en 1955 también yo fui inhabilitado y perseguido por el régimen gorila. No le conviene decir que el despacho que triunfó en el Congreso contra el interventor Patrón Laplacette fue informado y defendido por mí; y que, por el triunfo de esa moción, Patrón Laplacette instrumentó el fracaso del Congreso de agosto de 1957. En aquella época Rucci votaba y compartía la dirección de nucleamientos con los comunistas, que ahora tanto espanto le causan. Claro que no lo había guiado una concepción de auténtica unidad del movimiento obrero, sino, por pura especulación y apenas se vio al amparo del poder, comenzó a perseguirlos, tanto como persigue hoy a cualquier compañero, incluso peronistas, si no se prestan a sus designios sectarios puestos al servicio de la derecha. (...)

"Usted me acusa de ser 'antiperonista'. Sabe bien de la falsedad e infamia que encierra esa afirmación; pero la hace lo mismo, ya que 'su' objetivo es colocarme ante los compañeros peronistas como un enemigo. Pero esta maniobra tramposa no es de hoy y como siempre, para mí, como lo enseña el auténtico sindicalismo, toda ideología de un compañero debe ser respetada, porque en la unidad combativa de los trabajadores organizados sindicalmente está la base de su fuerza, las mayores posibilidades de hacer valer sus derechos. Yo no hago distinciones ni odiosas discriminaciones por cuestiones partidarias. Nunca hice y nunca lo haré. Siento como a mis hermanos de clase y de lucha a los compañeros peronistas, tanto como a los radicales, cristianos, socialistas, comunistas, de cualquier otra ideología, raza o religión. Este concepto y posición, tenga la seguridad que las sostendré siempre en el movimiento obrero, en la vida sindical.

"En la vida política usted sabe que lucho por la unidad de los sectores populares, democráticos y revolucionarios, unidad que se va plasmando con la decidida participación de trabajadores, ciudadanos y destacados dirigentes peronistas con quienes me une no sólo un común ideal sino una entrañable y sólida amistad". (Los dos textos están citados en *El Ave Fénix. El sindicalismo peronista entre la Libertadora y las 62 Organizaciones* (1955-1958), Santiago Senén González-Germán Ferrari, Editorial Corregidor, aún inédito.)

BERNARDO NEUSTADT: ¿USTED TAMBIÉN QUIERE VENDERLE IDEOLOGÍA A PERÓN?

Pero aún –entre Rucci y Tosco– se habría de producir un enfrentamiento, de menor intensidad conceptual, pero de gran resonancia mediática. Serían colocados "cara a cara" en un programa de la época que llevaba por nombre *Las dos campanas*. Como su nombre lo indica, la mecánica del espectáculo consistía en poner frente a frente a dos tipos que tocaran uno una campana, otra el otro. (*Nota*: Como estos fascículos llevan por nombre "¿Quién mató a Rucci?" tal vez muchos de Uds. estén impacientes creyendo que yo tengo la respuesta. Miren, la respuesta que yo voy a dar no va a convencer a nadie. Pero tampoco me convencen las otras. El libro de Reato es una novela. Si no, no se explica cómo el autor puede meterse en la subjetividad de los personajes. Eso lo puede hacer un novelista que asume el carácter ficcional de su escritura. Lo hice yo en *Timote, secuestro y muerte del general Aramburu*, pero desde el inicio planteé un narrador conjetural. Se sabía que no contaba la "verdad". Pero nadie podía tenerla. De modo que la ficción abriría puertas insospechadas. Cada personaje dijo exactamente lo que tendría que haber dicho. Pero Reato pretende darnos la verdad y cuenta hechos inverosímiles, que jamás pudo haber presenciado. Y, para peor, se mete en la conciencia del supuesto asesino. Eso es un dislate. Podrán promocionar ese pequeño trabajo ágilmente escrito, periodísticamente escrito no literariamente escrito, ¿está claro?, como algo llevadero, liviano, entretenido. La derecha podrá arrojarse sobre él con el propósito de meter montoneros en la cárcel. Sin embargo, no todos los periodistas pueden hacer literatura ni escribir diálogos. El *Galimberti* de Larraquy estaba seriamente deteriorado por diálogos que poco tenían que ver con la época ni con la buena estructura de un diálogo, su musicalidad. Creo que se lo dije a Larraquy en la puerta de Argentores. Luego sacó su *López Rega* y resultó un libro ejemplar. Una verdadera investigación, sin pretensiones de hacer literatura. Acaba de aparecer *Símbolos y fantasmas: Las víctimas de la guerrilla: de la amnistía a la "justicia para todos"* de Germán Ferrari. He ahí una investigación de un rigor implacable, severo. Sin diálogos fantasiosos. Plagada de documentos. Es un ejemplo. Pronto acudiremos a ella. En cuanto al "¿Quién mató a Rucci?" es sólo una pregunta sin posible respuesta. Mi conjetura será la menos transitada de todas. Acaso porque es la menos verosímil. Pero no tanto. No tanto.) El programa de enfrentamiento se llevó a cabo breve tiempo antes de las elecciones del 11 de marzo del '73. Fue por Canal 11. Y la fecha exacta: 13 de febrero de ese verano agitado, difícil de olvidar. Entre otras cosas porque debates como el de Rucci-Tosco o paneles o reportajes públicos se llevaban a cabo diariamente con todo tipo de personajes. En una mesa presidida por Mirtha Legrand (es muy posible que haya sido en uno de sus almuerzos), todos los invitados charlaban animadamente, entusiastas y hasta apasionados. Todo iba bien hasta que entra –interrumpiendo– un tipo con mala cara, como con cara de asco, como oliendo mierda. Estaba hablando un abogado que se refería a nuevas legislaciones que el justicialismo (que ya había ganado las elecciones: o sea, sería el mes de marzo, sus días finales) debería adoptar durante su gestión. El personaje intrusivo estaba bronceado, traje gris, corbata llamativa. Se acerca al abogado y –agresivamente– le dice:

–¿Usted también quiere regalarle ideología a Perón?

Pegué un salto en mi silla. ¡Qué bien pegado el golpe! No cualquier facho agredía tan bien. Lo había resumido todo: todo el mundo se creía autorizado a *regalarle ideología* a Perón. La piña a la soberbia de la Jotapé era evidente. Y el abogado habría sido sin duda un miembro de alguna formación política de abogados que trabajaban para el "gobierno popular". Como el recién llegado lo atacó por la espalda tuvo que girar para verlo.

–Todos quieren regalarle ideología a Perón –siguió el hombre de la entrada sorpresiva–. Y no se dan cuenta de que a Perón le sobra ideología. Que no necesita que le regalen nada. Y que va a saber muy bien cuidar la pureza ideológica de su movimiento.

Era Bernardo Neustadt. Había decidido hacerse peronista y su debut lo actuaba en la modalidad del *depurador ideológico*. Qué arte para la maldad el de este hombre. Creo que si en sus últimos años su cara fue tomando unas formas, no sólo desagradables sino monstruosas, se debió a que su alma se posesionó de ella.

El abogado no supo qué decir. La entrada de Neustadt había sido preparada para que tuviera el efecto que tuvo. Mirtha exclamó al verlo:

–¡Bernardo, qué alegría!

–Contésteme –imperativo, Bernardo al abogado.

El joven –no tendría treinta años– no se veía muy hábil ni poseedor de gran experiencia televisiva. Al contrario, tal vez fuera ése el primer programa al que asistía. Y se encontraba con el Monstruo Mediático Bernardo Corcho Siempre a Flote. Porque era así: se había hecho peronista. *Pero ya sabía todo*. Nada de meterse con el camporismo ni con la gloriosa Jotapé. No: él venía a defender la pureza ideológica del movimiento. Más precisamente: que no lo jodieran a Perón. Que no se hicieran los vivos con él. Que no le vendieran ideología (léase: apestoso marxismo de infiltración) porque, a Perón, eso le sobraba. Ahí pude presenciar al camaleón en uno de sus momentos cumbres. Ese hombre acomodaticio, ese pragmático que sabía cómo meterse en todas, nunca dejaba, sin embargo, de ser fiel a *sí mismo*: de ser un fascista. El nombre despectivo de *Bernardo Corcho Siempre a Flote* lo inventó la revista *HumoR*. Porque, cuando llegó la democracia, Bernardo y Mariano se volvieron unos ángeles del disenso y la pluralidad. Y ahí, en 1973, Bernardo se presentó como depurador ideológico peronista. El abogado meramente había emitido un par de opiniones. Bernardo apenas si lo dejó terminar:

–Ustedes tiene una arrogancia propia de jóvenes sin experiencia política. Desconocen que el justicialismo tiene una doctrina y que esa doctrina se basa en la Doctrina Social de la Iglesia y no en Marx, donde quieren basarla ustedes.

–No creo que sea ése...

–¡Por favor, no hable macanas! Ustedes quieren venderle al general un marxismo al estilo de los Manuales Lerú. Y el general les puede dar clases de marxismo. Vea, me siento generoso, le doy un consejo: lean menos a Marx y más *La Comunidad Organizada*.

Era inaudito: hasta se había informado sobre la existencia de ese extraño texto filosófico de Perón. Mirtha –como para aliviar la cosa– le preguntó:

–¿Y por quién votaste el 11 de marzo, Bernardo?

Juro que lo estoy viendo. Bernardo penetra en un largo silencio. Baja levemente la cabeza. Luego la alza. Y reflexivamente dice:

–Después de pensarlo a lo largo de toda una noche, con detenimiento y cautela..., voté por el Frejuli.

Bernardo y Perón, un solo corazón.

Sin embargo, no consiguió trepar en el gobierno del general. Más que posible resulta que se haya dado cuenta de lo que se venía. "Esto no dura. El Viejo se muere. Se pudre todo. Y vuelven los milicos. Voy a esperarlos a ellos." Y fue –junto con Grondona– el principal ideólogo mediático del régimen de la desaparición de personas. Insisto: creo que es uno de los hombres más feos que vi en mi vida. Insisto: creo que eso estaba íntimamente ligado a su condición espiritual, deleznable.

El que se le acercaba era el marino Francisco Manrique. Gran promotor del golpe del '66, responsable de la decisión –junto con los otros jerarcas de la Libertadura– de desaparecer el cadáver de Evita, ministro de Bienestar Social de Lanusse, era un hombre que raramente sonreía. Tenía la cara ensombrecida. Cubierta de arrugas que denunciaban infelicidades permanentes y serias. Logró algunos éxitos como ministro de Bienestar Social. Una vez llegó a no sé qué pequeña ciudad e inauguró su discurso diciendo: "Llegué hasta ustedes. Me dieron de comer". Una oratoria bíblica. El pueblo había dado de comer al hambriento. Hizo una buena elección en marzo del '73 y luego se evaporó. Su pinta era tan oscura, su cara tan amarga que parecía más un sepulturero que un político. Una caricatura de la época así lo muestra. Está en un cementerio, viste de negro, tiene una pala y se dispone a cavar una tumba. Mira al lector y dice: "Vamos, amigo. Ayúdeme a enterrar a este país". Es posible que haya sido un hombre de más que buenos contactos con la CIA. Ya nadie lo recuerda.

DARDO CABO, "ANTE LA MUERTE DE JOSÉ RUCCI"

¿Qué nos espera ahora? El debate Rucci-Tosco en *Las dos campanas*. Y el análisis definitivo del libro de Reato. Acaba

de llegarme una propaganda de Mondadori afirmando que ya ha vendido 100.000 ejemplares. Muchos aconsejan no creer en estas cifras tan abultadas. Pero sin duda Reato ha vendido bien, pues se lo arroja a Luis Fernando Beraza a la jeta cuando apenas iba por los 35.000. Se inscribe deliberadamente (es una operación política y de marketing) en el deporte nacional *Hagan fuego sobre los Kirchner*. También están en eso los libros de otros dos periodistas que juntan prolijamente toda la basura que encuentran y pueden atribuir a "los K". Parece que estos libros agradan mucho a la clase media argentina. Para asegurar su éxito, Reato ha tenido la buena idea de pedirle una frase a Morales Solá, que es el abanderado del odio a los K. Reato está un poco más sano. Por el momento. Pero la frase se la pidió. Porque vende. Ya analizaremos esto.

Entre tanto, el 2 de octubre de 1973, la revista *El Descamisado* ofrece su reflexión acerca del asesinato de Rucci. Está, como siempre, firmada por Dardo Cabo. Pero Dardo Cabo *no podía* escribir tan bien. La prosa de los editoriales de *El Descamisado* siempre me sorprendió. "Qué bien escribe este tipo", pensé al principio. (Nunca conocí a Dardo Cabo.) Después pensé: "No puede escribir tan bien". Después pensé: "Esto lo escribe otro". Después fui descartando. Gelman, no. Urondo menos. Tenía que ser Walsh. Y aún hoy lo creo. La sombra de Walsh se agita sobre varios puntos álgidos, pero no sabemos si es realmente la suya. Reato, por ejemplo, habla de un escritor muy prestigioso y también periodista que tenía un gran manejo de las comunicaciones comprometido en lo de Rucci. Walsh manejará el control del aparato de comunicaciones de Villar durante el acto del 1° de mayo de 1974. Era algo que sabía hacer. No en vano era quien era: el Profesor Neurus. Y hay otro hecho que –por ahora– retendremos.

Fuera Walsh o no, los editoriales del *Desca* eran magistrales. Vamos a transcribir –antes de entrar en la polémica Rucci-Tosco en *Las dos campanas*– el que se publica el 2 de octubre de 1973. Por ahora va su publicación. Luego vendrá su análisis. Lleva por título *Ante la muerte de José Rucci*. Y es así:

"La cosa, ahora, es cómo parar la mano. Pero buscar las causas profundas de esta violencia es la condición. Caminos falsos nos llevarán a soluciones falsas. Alonso, Vandor, ahora Rucci. Coria condenado junto con otra lista larga de sindicalistas y políticos. Consignas que auguran la muerte para tal o cual dirigente. La palabra es 'traición'. Un gran sector del Movimiento Peronista considera a un conjunto de dirigentes como traidores y les canta la muerte en cada acto. Estos dirigentes a su vez levantan la campaña contra los infiltrados, proponen la purga interna. Arman gente, se rodean de poderosas custodias personales y practican el matonaje como algo cotidiano. Cómo es toda esta historia, cuándo comenzó la traición y cuándo comenzó la muerte.

"Los viejos peronistas recordamos a estos burócratas hoy ejecutados o condenados a muerte. Los conocimos luego de 1955, cuando ponían bombas con nosotros. Cuando los sindicatos logrados a sangre y lealtad, recuperados para Perón y el Movimiento, eran las casas peronistas donde se repartían fierros y caños para la Resistencia y de donde salía la solidaridad para la militancia en combate o presa. Coria guardaba caños en Rawson 42, el local de la Uocra, allí se armaban bombas y se preparaba la resistencia; Vandor bancó la mayoría de las células más combativas del Movimiento. Eran leales, eran queridos, habían llegado a los sindicatos por elecciones y representaban a la base del gremio; más allá de que les gustaran las carreras o tuvieran un vicio menor, 'los muchachos los querían' y en serio. Perón confiaba en ellos.

"No tenían matones a sueldo; en cambio, amigos en serio los acompañaban. Si uno quería hablar con Vandor podía invitarlo a la esquina de Rioja y Caseros o caerse al mediodía en un boliche a cuadra y media del sindicato, agregarse a la mesa o apartarlo a una cercana. Las puertas de los sindicatos estaban abiertas, siempre. A lo sumo una mesa de entradas con un par de muchachos con algún fierro, pero sin mucha bulla, más para cuidar los fierros que adentro se guardaban que para cuidar a nadie. ¿Quién iba a matar a Vandor en 1962?

"Pero de pronto las puertas se cerraron, o fueron reemplazadas por sólidos portones con sistemas electrónicos. Ya no andaban con amigos, sino 'con la pesada'. Su vida rodeada del secreto impenetrable. Las elecciones en los sindicatos iban precedidas por una intrincada red de fraudes, tiros, impugnaciones, expulsiones. Denuncias de las listas opositoras y todo un sucio manejo que dejaba como saldo una gran bronca: delegados echados, afiliados expulsados, acusaciones de trotskos o 'bichos colorados' que justificaban el arreglo con el jefe de personal para arreglar el despido.

"También las versiones: se negociaba con el enemigo, se apretaba a Perón, se guardaban sus órdenes o no se cumplían. Perón tiraba la bronca: 'hay que cortarles las patas' o 'los traidores generan anticuerpos'. Y la bronca se extendía. Rosendo García cayó en una bronca entre pesados. Alonso en una limpia operación comando. Los métodos se tecnificaron al mismo ritmo de la traición. A puertas electrónicas: tiros dirigidos con telescopio. Se decía siempre que era la CIA.

"Pero la bronca estaba adentro. Una historia de traiciones, negocios con el enemigo, levantamiento de paros, elecciones fraudulentas, apretadas a Perón. Uno tras otro los cargos se acumulaban. A más, los matones hacían las suyas: sacudían a los periodistas, reventaban militantes, impunes recorrían la ciudad armados, si caían presos salían enseguida. La policía empezó a protegerlos. La división se agravó, se agrava cada vez más.

"Rucci era un buen muchacho. Lo cargaban en la UOM cuando andaba (mucho antes de ser siquiera interventor en San Nicolás) con saco y corbata. Hasta trabita usaba, y el Lobo lo cargaba. Pero no era mal tipo. Tenía su historia de resistencia, de cárcel. Las había pasado duras, como cualquiera de nosotros. De pronto aparece en el campo de Anchorena prendido en una cacería del zorro. Apoyando a Anchorena para gobernador de la provincia de Buenos Aires. ¿Quién entiende esto?

"Algo debe tener de transformador eso de ser secretario general. Algo muy grande para cambiar así a la gente. Para que surjan como leales y los maten por traidores.

"Por eso no hay que disfrazar la realidad. El asunto está adentro del Movimiento. La unidad sí, pero con bases verdaderas, no recurriendo al subterfugio de las purgas o a las cruzadas contra los trotskos. No hay forma de infiltrarse en el Movimiento. En el peronismo se vive como peronista o se es rechazado. No se puede pretender que la mitad de la gente que desfiló –por ejemplo– el 31 de agosto frente a la CGT fueran infiltrados o que estuvieran locos cuando denunciaban y pedían la cabeza de la burocracia sindical. Por un momento, pensar si no tienen razón. Pensarlo antes de empuñar el fierro y amasijar –por ejemplo– a Grynberg. Porque así la cosa no para. (*Nota*: Enrique Grynberg, que militaba en las FAR, es la primera víctima que se cobra la derecha peronista en venganza por lo de Rucci. JPF.)

"La unidad es así un mito. Hay que revisar los procedimientos antes de llamar a la unidad, porque por ahí quedamos más divididos que ahora. Si se usó el fraude para elegir autoridades en los sindicatos, apelar a abrir la mano y pedir a los trabajadores que limpiamente elijan sus conducciones. Si se alentó a la pesada para hacer brutalidades en nombre de la doctrina justicialista, llamarla y ubicarla en donde corresponda que esté. A laburar en serio, o a hacer pinta con el fierro y pegar un cachiporrazo de vez en cuando.

"Sin estas condiciones mínimas no hay unidad que valga. Si todos los peronistas no tenemos derecho a elegir quién nos represente, debajo de Perón, en el Movimiento Peronista, así no camina la cosa. Se va a seguir muriendo gente.

"Es cierto que también nos puede tocar a nosotros. Porque por dos veces los pesados le propusieron a Rucci –fue para la misma época en que se 'reventó' *Clarín*– reventar a *El Descamisado*. El Petiso, como le decían ellos, los paró. Ahora es posible que se vengan a tirar los tiros que tendrían que haber tirado cuando debieron, porque para eso estaban. Como no cumplieron en la tarea para la cual estaban quieren compensar dándosela a cualquier gil.

"Ellos están dispuestos a erigirse con sus fierros en los dueños de la ortodoxia. Se sienten los cruzados del justicialismo, los depuradores. Porque a su juicio todos los que criticaban a José son sus asesinos. Son trotskos, todos son infiltrados.

"Nosotros, desde estas mismas páginas criticamos a José Rucci y lo hicimos duramente. Su muerte no levanta esas críticas, porque no las modifica.

"Todos los sectores del Movimiento, incluyendo a la Juventud Peronista y la Juventud Trabajadora Peronista, incluso la Juventud Universitaria Peronista, sectores desde donde provino la más dura oposición a los métodos que usó José Rucci, lamentaron esta violencia que terminó con la vida del secretario de la CGT.

"Pero acá todos somos culpables, los que estaban con Rucci y los que estábamos contra él; no busquemos fantasmas al margen de quienes se juntaron para tirar los tiros en la avenida Avellaneda, pero ojo, acá las causas son lo que importa. Revisar qué provocó esta violencia y qué es lo que hay que cambiar para que se borre entre nosotros. Para que no se prometa la muerte a los traidores y para que la impunidad no apañe a los matones, ni el fraude infame erija dirigentes sin base.

"Si la cosa es parar la mano para conseguir la unidad, habrá que garantizar los métodos que posibiliten que los dirigentes sean representativos. Habrá que desarmar a los caza trotskos y fortalecer doctrinariamente al peronismo como la mejor forma de evitar las infiltraciones.

"No es con tiros como van a depurar el Movimiento. La única verdad la tiene el pueblo peronista. Dejemos que el pueblo se exprese".

Dardo Cabo

Sugestivo editorial. Si fueron los montos los que boletearon a Rucci es un monumento al cinismo, a la mentira como arte supremo al servicio de la política. Si no fueron, es una pieza de gran sinceridad, de templanza y una propuesta de paz. Aunque: *elecciones abiertas*. Esto no se les podía pedir a los burócratas salvo al costo de la guerra.

Hablando de la guerra. La Triple A matará a Atilio López con más de 80 balazos. La CIA –en una operación dirigida personalmente por Henry Kissinger– acribillará el coche del jefe del ejército de Allende, de su principal hombre fiel. Los Montoneros nunca mataron a nadie derrochando balas. Fue una táctica de la brutalidad fascista. En septiembre de 1973, esta zona del sur de América latina estaba atestada de asesinos de la CIA. Venían de hacer el más sucio de los trabajos en Chile. Y López Rega tenía muchos motivos para ver en Rucci un serio obstáculo en su carrera hacia el poder absoluto. Pienso que hay que tener en cuenta estos factores. También algunas declaraciones posteriores de Firmenich: *"Nosotros no matamos a Rucci. El error nuestro fue político, no haberlo desmentido en su oportunidad"*. Reportaje que le hizo Jorge Asís el 8 de noviembre de 1984 en la cárcel de Villa Devoto. Republicado ahora en *Repensar, Visión y Proyección de la experiencia montonera*, 29 de mayo de 2009. Otra vez: ¿quién mató a Rucci? Sigamos.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

¿Quién mató a Rucci? (IV)